

punto. No sólo damos sermones sobre la Pasión en general sino sobre todos los misterios y pasos de la misma, no faltando la explicación de las siete palabras de Cristo en la cruz.

Finalmente, hemos creído conveniente añadir al último un novenario de almas para dejar completa la obra.

Con todo lo dicho hasta aquí, si se considera lo económico de los tomos por contener tantos materiales para la predicación, aparecerá evidente que no hemos omitido trabajo alguno para corresponder á la deferencia que nos ha demostrado el respetable clero.

Otra cosa no deseamos sino aliviar á los sacerdotes en el ministerio de la predicación, reduciendo todo á la mayor gloria de Dios y bien de las almas.

CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECIAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

REFERENTES Á NTRQ. SR. JESUCRISTO

Scrutimini scripturas, quia vos putales in ipsis vitam eternam habere. Et ille sinit que testimonium perhibet de me.

Examinad cuidadosamente las escrituras en las cuales con razón creéis tener la vida eterna. Ellas son las que dan testimonio de mí.

(Ev. S. JUAN, c. 5, v. 39.)

Con esta firmeza y seguridad, hermanos míos, hablaba Jesucristo á los Escribas, á los Fariseos, á los más obstinados contradictores de su doctrina, á los más encarnizados enemigos de su persona. Acababa entonces Jesús de curar, por la sola virtud de su omnipotente palabra, aquel enfermo que, treinta años hacía, esperaba su curación cerca de la piscina probática. Este milagro que no podían negar, porque ellos mismos lo habían presenciado, avivó la envidia y excitó el furor de los que se decían intérpretes de la ley. Jesucristo procura disipar el encono, calmar las pasiones de aquellos hombres; recuérdales el testimonio que de su persona diera Juan, el Bautista, en las orillas del Jordán, mucho más claro aún, si cabe, que aquel que había dado en el mismo lugar el Padre Eterno. Les declara que es el Hijo de Dios, el Mesías, el Libertador prometido á las naciones. Lo prueba con las obras milagrosas que ha realizado ante los ojos de sus contradictores; les anuncia que hará todavía más estupendos milagros, los cuales atestiguarán, todos, que el poder en cuya virtud los opera es el poder del mismo Dios; que este poder lo comparte con Dios mismo, y que, por tanto, él no forma con Dios más que un ser único, que es Dios como Dios; se le niega esta cualidad, y Jesús recurre al último, al más poderoso de todos los medios. Consultad, les dice, leed con atención una y otra vez los libros sagrados que, han sido dados á vuestros padres, esas profecias divinas que contienen la

historia de vuestra nación desde sus primeros días hasta la consumación de los siglos; allí hallaréis escritas, con el relato de acontecimientos ya realizados, las verdades que yo os anuncio. Precisamente esas profecías son las que dan de mí el testimonio más irrefragable: *Ille sunt que testimónium perhibent de me*. Efectivamente, hermanos míos; el predecir, el anunciar, el escribir de antemano la historia de acontecimientos que no han de verificarse hasta muchos siglos después de anunciados y escritos, está muy por encima del alcance de la inteligencia y de la sabiduría humanas. Sólo Dios puede conocer y revelar las cosas futuras; sólo él es el rey del tiempo; para él no hay pasado ni porvenir; todo está presente á su eternidad. Descubridnos lo que ha de suceder en lo futuro, decía el profeta Isaías, y reconoceremos que sois dioses. La profecía es, pues, el sello inalienable de la divinidad.

Consultemos, hermanos míos, esos libros sagrados; busquemos, reconozcamos en cada uno de los caracteres que atribuyen al Libertador prometido, los rasgos que constituyen la vida de Jesucristo; leamos su historia con todos sus pormenores, con todas sus más minuciosas circunstancias en libros escritos tantos siglos antes de su nacimiento. *Ave Marta*.

Apenas la paz y la inocencia, hermanos míos, se dejaron ver en la tierra, cuando hallándose el mundo (reciente todavía y que acababa de salir de las manos de su criador) sumergido repentinamente en un piélago de miserias y pecados, no se conocía á sí mismo; pero el día de su ruina fué para él al mismo tiempo día de salud; y aquellas primeras lágrimas que derramó, se las enjugó inmediatamente la promesa que se le hizo de un Salvador. Esta dulce esperanza, pues, derivada con tanta fidelidad de padres á hijos en la sucesión de las primeras generaciones, iba á hundirse y perderse en las tinieblas de la idolatría, cuando entre todas las naciones eligió una á quien hizo depositaria de los sagrados oráculos.

Tú, pues, oh posteridad de Abraham, de Isaac, y de Jacob, tú serás el pueblo de Dios, y con más razón de Jesús; pues por eso eres el pueblo de Dios, porque eres el pueblo de Jesús; y como advirtió San Pablo en la Epístola á los Romanos, tu primera y principal gloria proviene de la elección que hizo de ti aquel que te confió el depósito de sus promesas: *quid ergo amplius Judæis? Primum quidem quia credita sunt illi eloquia Dei* (1). De aquí nació la separación de este

(1) *Ad Rom.* c. 3, v. 1 & 2.

pueblo de los demás pueblos. Si Abraham no hubiera salido de su patria, si las ceremonias legales no hubieran mantenido un muro de división entre la generación santa y las generaciones profanas, amortiguándose poco á poco la esperanza del Mesías por la confusión de las familias, por la mezcla de las naciones y por la uniformidad del culto, se hubiera borrado enteramente de la memoria de los hombres: ó bien no estando ligada la promesa á pueblo alguno en particular, hubiera sido dificultosísimo tener noticia de ella para reconocer al Salvador prometido al mundo. De aquí provino que en la misma nación encargada de enseñar y anunciar á Jesús al universo, fué preferida la tribu de Judá á las demás tribus para poseer el cetro y suprema autoridad, y producir la salud de Sión. De aquí provino que en el pueblo destinado á conservar la esperanza de las naciones, todo anuncia á Jesús, y por todas partes se advierte la sombra y la representación de Jesús. Isaac salvado por un ángel del cuchillo de Abraham en el acto del sacrificio, y constituido allí mismo como cabeza de una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar; Josef vendido por sus hermanos á unos extranjeros, adornado después con la púrpura, dando leyes á un vasto imperio, y hecho redentor de los mismos que intentaron perderle; Moisés, libertado al nacer de la muerte, que se ejecutó en tantos niños de Israel, y redimiendo después al pueblo de la esclavitud; Jonás, arrojado al mar para aplacar la indignación divina, y libertado de la profundidad de las aguas y enviado á predicar á una nación que no era herencia de Jacob; David, Salomón, Josías, Isaías, Daniel, figuras todos de Jesús tan expresas, que no admiten sombra ni obscuridad alguna. De aquí provino la alianza entera con su ley; su templo, su sacerdocio, sus pontífices, sus ceremonias, sus sacrificios, sus expiaciones, sus fiestas, sus solemnidades, su pascua, no era todo más que una representación de Jesús: esto es lo que San Pablo explica admirablemente en la Epístola á los Hebreos; y teniendo que el pueblo no entendiése bien este lenguaje de sombras y figuras, Jesús es anunciado continuamente por los Profetas, los cuales le pintan tan al vivo, que no tanto parecen Profetas que le vaticinan, cuanto Apóstoles que le vieron, trataron y conversaron con él.

Y ahora, cristianos, no dudo yo provocar á la incredulidad más obstinada para que considere atentamente el hilo y la serie de las sagradas Escrituras, examinando aquellos monumentos de cuya auten-

ticidad y de cuyas épocas hace fe la misma mano por donde nos han venido; puesto que estos divinos libros que han profetizado á Jesús, los hemos recibido de la nación más enemiga de Jesús; y verá á Jesús tan conocido de los Profetas que le precedieron, como de los discípulos que le siguieron; porque no se oye sola la voz de un Profeta, sino que se nota una serie de varones santos é inspirados del cielo, que se suceden unos á otros en el ejercicio del ministerio profético: y no anuncian un solo hecho, no algunos sucesos que la casualidad pudo haber dictado y comprobado después, sino la historia completa de Jesús, su cuna y su sepulcro, su vida y su muerte, sus discursos y sus acciones, sus abatimientos y su gloria, sus virtudes y sus calamidades, sus milagros y sus penas, las ignominias y el triunfo de su cruz: en fin, anuncian á todo Jesús, pintándole en el antiguo Testamento con aquellos colores con que se manifestó en el Nuevo.

David le ve entre resplandores santos engendrado antes de la aurora en el seno del Padre; ve al hijo de Dios hecho hijo del hombre; ve su hijo y su Dios al mismo tiempo, su sucesor y su señor; ve desconocido por su pueblo, vendido por uno de sus discípulos, desamparado de sus Apóstoles, colmado de baldones, plagado de tormentos; ve sus pies y manos taladradas, repartidas sus vestiduras, su túnica por suerte adjudicada, amargada su boca con hiel y vinagre; ve á sus enemigos que, sedientos de su sangre, rugen rabiosos al rededor de él, se congratulan de su bárbara victoria, se mofan de sus virtudes, provocan su poder y su divinidad; ve que libre en la estancia de los muertos, sale del sepulcro sin contraer la menor corrupción, y que se sienta á la diestra del Altísimo; que como Pontífice eterno y único, vencedor del mundo y del infierno, recoge la herencia de las naciones sujetas á su imperio, y frastra el odio feroz del mundo conjurado en vano contra él.

Isaías profetiza la virginidad de su madre; contéplale el hombre más abatido, varón de dolores, víctima sacrificada por nuestros pecados, la escoria y la salud del mundo, llevado al patíbulo en compañía de malhechores, y constituido en virtud de su muerte padre de una posteridad innumerable; él ve las naciones santificadas é ilustradas por la fe, y los castigos del cielo ejecutados en Israel incrédulo; él ve á Jesús desconocido y despreciado por la nación que le buscaba y esperaba, y hallado y adorado por las naciones que ni le esperaban ni le buscaban.

Jeremías anuncia que será por él instituido un nuevo pacto, fundada una nueva alianza, y abolida la antigua; que bañados los Judíos en su sangre sacrilegamente vertida, andarán errantes sin rey,

sin tabernáculo, sin altar, sin profetas, llevando consigo de provincia en provincia el baldón y la marca de su pecado; esperando de día en día á su libertador, y no queriendo reconocerle.

Zacarías describe el triunfo modesto de un rey pobre que entra pacíficamente en Jerusalén; ve herido al pastor, y esparcidas las ovejas; cuenta los treinta dineros que pesados en la balanza del odio de los Fariseos y de la traición del discípulo, han de valer más que la inocencia de Jesús; descende á señalar el campo que se ha de comprar con el dinero, á cuyo precio compra la Sinagoga la ocasión y la libertad de cometer un deicidio.

Daniel penetra con la perspicacia de su vista la obscuridad de muchos siglos, y cuenta los años que han de correr desde la libertad de reedificar á Jerusalén hasta la venida del Mesías; él, dando un paso más adelante, señala el tiempo preciso que ha de consumir Jesucristo en predicar, instruir á su pueblo, en obrar el perdón de los pecados; él determina el reino inmutable de la justicia, y el cumplimiento absoluto de las profecías; y como la serie de tantos años podría causar alguna confusión sobre los cálculos y cronología formada por el profeta, los fija y liga á un accimientto de que siendo testigo todo el universo, previene toda duda, y excusa la necesidad de formar cómputos: anuncia aquello mismo que vemos, es á saber, la muerte del Santo de los santos, á que se siguió la abolición entera de los sacrificios, la ruina del templo, la destrucción de Jerusalén, que cayó sin esperanza de levantarse, la espantosa desolación del pueblo, á quien niega Jesucristo en castigo de haber sido negado por él: en una palabra, cuantos por el discurso de diez y seis siglos hablan en nombre del Altísimo, hablan de Jesús, y pintan á Jesús con tan parecidos colores, que sólo la ceguedad más voluntaria puede desconocerle. Uno representa á Belén, ciudad la menos populosa de Judá, ennoblecida con el nacimiento del Mesías; donde se da á conocer por el hijo de David, por la vara de Jesé, sobre quien descansará el espíritu del Señor. Otro pondera el dolor y lágrimas que derrama Raquel sobre sus hijos, víctimas sacrificadas á las sospechas de un rey cruel. Aquí veréis á Jesús, que andando fugitivo en tierra extraña, desampara á Egipto y se restituye á su patria; allí veréis al Angel del Testamento, al deseado de las naciones, entrar en el segundo templo. Un profeta se sucede á otro profeta, y lo que sólo había insinuado el primero, acaba de explicar y declarar el segundo: vense comprobadas en el Evangelio todas las profecías; y todo el Evangelio se halla con anticipación en las profecías, con tal individualidad y tan circunstanciado, que igualmente se sabe la historia de Je-

sús leyendo los escritos de sus discípulos, que los de sus profetas.

¡Oh pueblo dichosísimo, instruido por diez y seis siglos de oráculos y figuras! Cumple, cumple aprisa con tu ministerio, predica a Jesús al mundo que no le conoce. Mas, ¿qué es lo que veo? Ya, ya viene acercándose aquel conquistador formidable, cuya mano armó Dios del rayo de sus iras; ya caen en su presencia las murallas de las ciudades; ya Jerusalén aislada y reducida á pavesas, llora y lamenta en vano á sus hijos, que prisioneros y cautivos son trasladados á regiones distantes. ¡Pues qué! ¿va á perecer este pueblo y á sepultar con su muerte las promesas del Altísimo? No lo temáis, fieles, todas son disposiciones de Dios, que por caminos incomprensibles á la sabiduría humana, lo obra y dispone todo por Jesús: conviene que Israel, apartado de Judá, habite en las orillas del Eufrates, para instruir á sus monarcas, para comunicarles su esperanza é introducir y excitar el deseo de Jesús en los últimos términos del mundo. Entretanto Jerusalén, aquella ciudad santa, vuelve á levantarse de sus propias ruinas. Dios llama por su propio nombre á Ciro antes de nacer este príncipe; El fortalece su brazo para postrar la soberbia de los vencedores y vengar sobre Babilonia los gemidos de Jerusalén; amparado Judá de su patrocinio vuelve á morar en la tierra de sus padres; todo se hace por consejo del Altísimo, que va aproximando á su pueblo á aquellas regiones donde se han de levantar unas grandes monarquías, que rendidas á Jesús, le han de subyugar el universo. Mirad ya cómo entra Alejandro en la carrera que Daniel le ha señalado, conducido en las alas de sus continuas victorias: no con otro fin discurre por tantos reinos y provincias, sino para facilitar en la Grecia y en Egipto la introducción de los libros y oráculos de los judíos, y ponerlos delante de los ojos de uno de sus más políticos y benéficos sucesores, para que trasladadas sus Escrituras en la lengua de sus vencedores, señores que eran del Oriente, anuncien á las naciones los días de salud y de gracia. Levántase en fin sobre los vestigios de los tronos aislados la cuarta monarquía, aquel imperio de hierro que absorberá todos los reinos de la tierra, el imperio digo de Roma. Entonces los judíos, amigos unas veces, enemigos otras de las águilas romanas, pero siempre á su sombra, aunque dispersos entre todas las naciones, bien que separados de todas ellas, llaman la atención del mundo entero sobre sus profecías. Informado el universo de sus esperanzas, está esperando que los sucesos comprueben y justifiquen sus oráculos; de este modo los señores de Egipto y Siria, los reyes de Persia y Media, los héroes de Roma y Grecia, aquellos conquistadores tan alabados en los fastos de los primitivos tiempos, y

tan decantados aun hoy día después de tantos siglos, esto es, los Círos, los Asueros, los Alejandros, los Césares, todos, todos, sin entenderlo ellos, no hacían más que pelear para facilitar su imperio, que triunfar para llenar el mundo de la gloria de su nombre y de la esperanza de su gloria; de modo, que aun no había nacido Jesús, y ya era el Dios de las batallas, ya decidía de la fortuna de los hombres, y ya dependía de su mano la decadencia ó la grandeza de los imperios.

¿Qué viene pues á ser, si no es Dios verdadero, aquel Jesús, cuya historia empieza con la historia del mundo? Aquel Jesús, con quien tienen una relación tan íntima y esencial todas las edades y principales sucesos que le preceden, que sólo manifiestan á Jesús, y sólo hablan de Jesús; que si los separáis de Jesús, los priváis de su trabazón y serie, de su fin y objeto; privaislos de cuanto encierran de grande é importante, y de cuanto encierran de más digno y sublime, que es haber sido Dios autor de ellos, y haber tenido á bien el ser su historiador. De suerte que es del todo ignorante y enteramente ciego en las sagradas escrituras cualquiera que no vea en ellos lo que veía el discípulo amado, á Jesús, digo, sacrificado desde el principio del mundo, á Jesús objeto y fin de la Ley y de las Escrituras: *Agni qui occisus est ab origine mundi* (1). Y en efecto, ¿una sabiduría que no hubiese ordenado todos los siglos y todos los sucesos, proponiéndose á un hombre, y con respecto á un hombre, tendríamosla nosotros por sabiduría de un Dios? Cuatro mil años consumidos en anunciarle y prepararle antes de nacer, ved ahí la *grandeza de esperanza* y de *preparación*, que sólo es propia de un hombre Dios.

Esto basta, hermanos míos, para que podamos exclamar con el Centurión y los judíos, testigos de la muerte de Jesús: *Vere filius Dei erat iste*. Este Mesías prometido desde el principio de los siglos, no puede ser otro que el Hijo de Dios; para que formulemos en la convicción de nuestras almas y en la sinceridad de nuestros corazones esta confesión de San Pedro: Jesús, Hijo único del Padre, Dios de Dios, engendrado antes de todos los siglos, vos sois el Mesías prometido al género humano desde el principio del mundo; hijo de David según la carne, en el tiempo prescrito por los decretos de vuestra sabiduría eterna, habéis tomado carne en el seno de una virgen sin mancha, habéis vivido con los hombres y los redimisteis con el precio infinito de vuestro sacrificio. A costa de toda vuestra sangre, les habéis conquistado un reino espiritual y eterno

(1) *Apo. c. 13, v. 8.*

como vos, y ese reino se lo habéis legado en herencia. Vos, y sólo Vos, sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo: *Tu es Christus, Filius Dei vivi*. Vos sois el camino, la verdad y la vida. Vos, sólo vos, poseéis las palabras de la vida eterna: *Verba vite eterna habes*. ¡Ah, hermanos míos! Si ya por la sola aplicación á nuestro Salvador de algunas entre las muchas profecías, vuestras inteligencias quedan iluminadas y convencidas, ¿qué sería cuando os desarrollara ante vuestra vista toda la serie de los profetas? Cuando os hiciera leer en sus escritos, publicados tantos siglos antes del nacimiento de Jesucristo, todas las acciones, todas las circunstancias, todas las particularidades, aun las más insignificantes, de su vida, como si los profetas hubieran sido de ella testigos oculares, entonces comprenderíais todas las ventajas de la instrucción cristiana. Entonces conoceríais por una santa y saludable experiencia, hasta qué punto puede aumentar y fortalecer la fe la lectura y la meditación de las divinas escrituras, especialmente de las profecías. Pero no nos limitemos, hermanos míos, á consideraciones especulativas; meditemos, y meditemos con frecuencia, en ese reino eterno que Jesucristo nos ha conquistado y quiere compartir con nosotros; no olvidemos jamás que su posesión debe empezar por el establecimiento de su reino espiritual en nuestros corazones. Meditemos asiduamente hasta el día misterioso que debe recordarnos todos los beneficios de su advenimiento; meditemos y practiquemos la recomendación que nos hacia al principio de aquellos saludables días de misericordia el santo precursor: *Parate viam Domini*, preparad el camino del Señor, enderezad y allanad los caminos que ha de recorrer para llegar á vosotros. Purificad vuestros corazones por medio de una saludable penitencia; que una confesión general, sincera, y acompañada de todas las cualidades de un santo arrepentimiento los purifique de todo el veneno con que los había impregnado la culpa. Adornados de todas las virtudes que puedan fijar sobre vosotros los ojos de su misericordia, y ya veréis cómo entráis en posesión del Salvador enviado de Dios, el cual vendrá á establecer entre vosotros su reino espiritual para continuarlo y perpetuarlo en la eternidad: *Et videbit omnis caro salutare Dei*. Amén.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS

PRUEBA LA DIVINIDAD DEL SALVADOR

Scrutamini scripturas, quia vos putatis in ipse vitam eternam habere. Et ille sunt qui testimonium perhibent de me.

Examinad cuidadosamente las escrituras en las cuales con razón creéis tener la vida eterna. Ellas son las que dan testimonio de mí.

(Ev. S. JUAN, c. 5, v. 39.)

Las acciones todas del Salvador sobre la tierra, parece no tenían otro fin que el de ilustrar á los hombres acerca de la misión que de su eterno Padre había recibido. Al efecto, y para despertar al pueblo judío del mortal letargo en que la incredulidad le tenia sumergido, no solamente obra en su presencia portentos y maravillas que anuncian su divinidad, sino que también, revistiéndose á veces de aquel carácter de autoridad suprema que como á Dios le pertenecía sobre los hombres, hace delante de ellos cosas que, sin reconocerle por tal, parece no podían explicarse.

Es de notar, sin embargo, que los judíos en su generalidad permanecieron obstinados, y á pesar de ver todos los días nuevas señales, que venían en apoyo de lo que los santos profetas habían dicho del carácter y cualidades del Mesías, ciegos á tanto resplandor, le desconocen, y oyéndole no le escuchan, verificándose en ellos mismos otra predicción, no menos digna de atención que las demás: *ut videntes non videant et audientes non intelligant*, (1) para que viendo no vean y oyendo no entiendan.

De aquí ha nacido el que los incrédulos modernos, apoyados en la obstinada perfidia de los judíos, han pretendido establecer que las

(1) Luc. c. 7, v. 10.

predicciones que leemos en los Libros santos, nada prueban en favor de la divinidad de Jesucristo, ni dicen relación á él. De otro modo, añaden, el pueblo judío, depositario de estos vaticinios, no hubiera podido resistirse á su testimonio y hubiera creído en el Salvador de Israel. Contra esa aserción, pues, me propongo demostrar en el presente discurso, que la incredulidad de los judíos, lejos de convencer al cristiano de la nulidad de las profecías, es por el contrario una demostración irrefragable de su autenticidad, y que en ellas se hallan marcados todos los caracteres de la divinidad de nuestro Salvador. *Ave María.*

Inútil sobre inoportuno sería entrar en este momento en la cuestión de conveniencia y necesidad de las profecías relativas á Jesucristo y á su prodigiosa obra la Religión católica. Hay en esta Religión misterios tan profundos y superiores á la humana inteligencia, que el hombre por sí mismo jamás hubiera podido llegar ni aun á sospecharlos. Tales son indudablemente la aparición del Salvador en el mundo en carne mortal, la unión de las dos naturalezas divina y humana en un solo supuesto, y otros mil misteriosos prodigios, de que se halla sembrada la vida y muerte del Hombre-Dios. Nada, pues, más digno de la infinita sabiduría del Eterno y de su bondad inefable, que el preparar al mundo para el cumplimiento de estos prodigios por medio de santas revelaciones, que le instruyesen acerca de lo que debía tener efecto en la plenitud de los tiempos. Por eso el Señor, usando con los hombres de una misericordiosa condescendencia, apenas se hubo consumado en el Paraíso el crimen de rebelión que separó al hombre de su Dios, compadecido de su desgracia, anuncia un futuro reparador á la raza proscrita, y desde aquel día una tradición no interrumpida en el espacio de cuarenta siglos, va pasando de generación en generación, haciéndose de cada vez más clara, en proporción que se aproximan los días señalados á la aparición del Deseado de los collados eternos. Acrecentándose progresivamente las ansias de la humanidad y sus deseos de ver al que debía venir á salvar las reliquias de Israel; y por otra parte, siendo necesarios al completo desarrollo del plan divino nuevos y más vivos recuerdos de este acontecimiento sorprendente, para evitar sin duda el que los tiempos ó las pasiones pudieran hacer olvidar ú oscurecer la antigua tradición, el Señor suscita por todas partes profetas que, inspirados por él, descubren el porvenir en términos que no dejan lugar á la duda á cuantos se hallan animados de buena fe.

Sentados estos antecedentes, abramos las sagradas páginas y lea-

mos las sublimes revelaciones de la Biblia acerca de Jesucristo nuestro Salvador. El primero que ocurre en este momento á mi imaginación, es el profeta Miqueas. Ved cómo se expresa este hombre inspirado, 650 años antes de la venida de Jesucristo: *¡Oh Belén! ¡oh Efrata! pequeña eres entre las ciudades de Judá; pero de ti saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generación data desde el principio de la eternidad* (1). Ved aquí designado el sitio donde debía nacer el Salvador del mundo. Las circunstancias de su nacimiento ya las había cantado Isaías (2) muchos años antes: *Levántate, oh Jerusalén; he aquí la luz brillante que va á derramarse sobre tí.... Los reyes caminan presurosos en pos de los resplandores de tu majestad.... Tus hijos vendrán de los más remotos climas; los hombres más grandes se humillarán en tu presencia. Los dromedarios de Madán y de Efa inundarán tu recinto. Vendrán los reyes de Arabia y de Sabá, y te ofrecerán el oro y el incienso, y cantarán las alabanzas del Señor.* Muchísimo antes de esto, á saber, 1800 años antes de Jesucristo, el patriarca Jacob en el lecho de su muerte, reuniendo sus doce hijos, dirige su voz á Judá, é ilustrado de la divina luz, le anuncia que en la tribu de su nombre habría siempre ya reyes, ya capitanes, ya magistrados, hasta el día en que el Mesías tan deseado de las naciones se dejase ver. *No saldrá, dice, de Judá el cetro, y se verán siempre en su posteridad conductores del pueblo, hasta la venida de Aquel que debe ser enviado y que es la esperanza de las naciones* (3). No pueden ser, católicos, más precisos los términos de estas profecías, ni más exacto su cumplimiento. Sin embargo, aun tenemos una que designa hasta los días mismos en que debía verificarse el advenimiento de Jesucristo y su sacrificio por la redención del universo. Hablo de la célebre predicción de Daniel, que leemos en el capítulo IX, en donde refiere que, estando un día orando y llorando sus pecados y los del pueblo de Israel, se le apareció Gabriel, el varón á quien había visto en el principio de la visión, el cual, tocándole en la hora del sacrificio de la tarde, le dijo: Daniel, yo he venido á tí para instruirte acerca de lo que ha de suceder. Abreviado se han setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricación y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y sea ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y nota atentamente: desde la salida de la palabra para que Jerusalén sea otra vez reedificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas y sesenta y dos semanas; y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempo de angustia;

(1) *Mich.* c. 5, v. 2. (2) *Isaí.* c. 60, v. 1 ad 6. (3) *Gen.* c. 49, v. 10.

y después de sesenta y dos semanas, será muerto el Cristo, y no será más suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada; y afirmará su alianza con muchos en una semana, y en medio de ésta cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominación de la desolación, y la desolación durará hasta la consumación y el fin.» Hasta aquí el profeta: y ¿quién, católicos, por poco que reflexione, dejará de reconocer que Jesucristo es el mismo de quien habla Daniel en su célebre predicción? ¿Qué otro sino el Salvador ha sido justamente llamado el *Santo de los santos*, el *Cristo* ó el *Ungido del Señor*? ¿Quién sino Él ha destruido el pecado, ha sido mediador de una nueva alianza entre Dios y los hombres, y por medio del sacrificio de la cruz ha hecho inútiles las oblações y cesar los sacrificios de la ley antigua? En aquellas palabras, *El pueblo que negará al Cristo, no será más su pueblo*, ¿no veis clara y distintamente designados los judíos, que dando muerte al Salvador conjuraron contra sí la cólera del cielo? ¿Y quién que tenga alguna tintura de la historia, podrá dudar un momento, que en aquel pueblo que Daniel profetizó *debía venir con su caudillo á destruir la ciudad y el santuario*, se designaban las legiones romanas acudilladas por Tito, hijo del emperador Vespasiano, las cuales cuarenta años después de la muerte de Jesucristo sitiaron á Jerusalén, la destruyeron é incendiaron el templo, sin que bastasen los esfuerzos del mismo Tito para librarlo de la voracidad de las llamas? ¿Quién no ve verificada la desolación anunciada por Daniel en aquella guerra espantosa, en que murieron un millón y cien mil personas, ora al filo del acero, ora á impulso del hambre más atroz, siendo los restos de esta desgraciada nación víctimas de la más ominosa esclavitud? ¿Quién no ve esas tristes reliquias de la raza de Abraham llevando donde quiera marcado el sello de su reprobación, por haber desconocido á su Dios, sin reyes, sin leyes, sin sacerdotes, y hecho el objeto del desprecio de las naciones?

¡Oh, cuán inútilmente se afana la impiedad en querer demostrar que este estado lamentable, á que condujo á los judíos su obstinación en no reconocer al Mesías, no fué sino una desgracia ordinaria que se podía prever con las luces naturales! No; el estado de esa nación reprobada es demasiado singular, único en su línea, para que haya podido ser el mero resultado de ciertas circunstancias, hijas del curso ordinario de las cosas. Porque ¿dónde se vió jamás una nación célebre, culta, ilustrada con acontecimientos sorprendentes y magníficos, cuales nunca se habían visto, ser lanzada en su totalidad de su

patria y desarraigada, por decirlo así, de su propio suelo, y llevar una vida errante en todos los reinos y provincias de la tierra? ¿Qué fenómeno tan singular no ofrece á nuestra vista un pueblo entero, despreciado, aborrecido, mirado con prevención por todos los pueblos, cualquiera que sea su carácter y religión; por el cristiano como por el infiel, por el adorador del Dios único no menos que por el insensato adorador de los ídolos, por el hombre civilizado, de igual modo que por el bárbaro y salvaje? ¿Una nación ciega, hasta el punto de conservar como un sagrado depósito el mismo libro que contiene los fundamentos de aquella Religión, que ella se obstina en desconocer? ¿Vióse jamás un pueblo tan fuertemente adherido á las pruebas de la Religión verdadera, y al mismo tiempo tan enemigo de esa Religión? ¿Despojada cerca de dos mil años ha de sus templos, de sus altares, de sus sacrificios, de sus sacerdotes y de su religión, y sin embargo tan firme é inmutable en ella? Consúltense los anales del mundo, léanse las historias de todas las naciones, examínense los fastos de todos los imperios, investiguese la naturaleza y la marcha de los acontecimientos humanos, y díganse entonces si jamás la tierra fué teatro de un espectáculo semejante. ¿Quién, pues, á vista de estas razones tan luminosas podrá abrigar la menor duda acerca de la incontestable autenticidad de las profecías, y de su referencia á los objetos que señalamos?

Pero si la crítica suspicaz de los enemigos del Crucificado no se satisface con estas pruebas, lean con reflexión los libros proféticos; y especialmente á Isaías y Jeremías, y hallarán marcadas hasta las mas minuciosas circunstancias de la pasión y muerte de Jesucristo. Allí verán vaticinado que debía ser entregado por un amigo en manos de sus enemigos y comprado por éstos por treinta dineros; allí le verán pintado como un cordero inocente, empujando en presencia de falsos testigos; allí le verán ofreciendo su mejilla al golpe cruel de una mano alevé, saciado de oprobios, clavado de pies y manos, crucificado en medio de dos criminales, abrevado con hiel y vinagre, sorteadas sus vestiduras, pidiendo por sus perseguidores, atravesado con una lanza, y cargando con todos los pecados del mundo, para curar con sus llagas las que el pecado había abierto á toda la humanidad. Si, católicos, todo esto se halla vaticinado con la mayor precisión y claridad en los profetas, muchos siglos antes de su acontecimiento, todo conforme sucedió, y en los mismos términos que lo ha reconocido el universo. Y esto ¿no prueba hasta la evidencia la divinidad de Jesucristo?

¡Ah! En vano los judíos, condenados por la precisión de los tex-

tos que acabamos de referir, han tomado el partido de negarlos. ¡Inconsecuentes! ¿Por qué antes de la venida de Jesucristo, á quien ellos crucificaron, entendían del Mesías todas las palabras de los profetas, sobre que los cristianos fundamos nuestra fe? ¿Cómo es que recordando las palabras de Jacob, que arriba referimos, esperaban al Salvador, al rey prometido, en el momento mismo en que apareció en el mundo conversando entre los hombres? Los mismos Magos de Herodes, preguntados por los reyes de Oriente dónde había nacido el rey de los judíos, ¿no respondieron que, según las profecías, debía ser en Belén de Judá? Luego creían en las profecías, y su testimonio era para ellos entonces indudable. ¿Hay, pues, buen sentido, hay raciocinio, hay lógica en negar ahora lo que entonces creyeron? ¡Ah! ellos no han querido cargar con el peso de la ignominia de la muerte del Justo; pero la sangre de éste ha caído sobre ellos y sobre sus hijos. «¿Qué es lo que has hecho, oh pueblo ingrato?» exclama aquí el gran Bossuet (1). «Esclavo de todos los países y de todos los príncipes, no sirves á los dioses extranjeros; ¿cómo, pues, Dios, que te había escogido tan particularmente, ha podido olvidarte de esta suerte? ¿Dónde están, qué se hicieron para ti sus antiguas misericordias? ¿Qué crimen es ese que hace pesar sobre ti tan horroroso castigo? ¡Ah! Acuérdate de aquel grito que lanzaron un día tus padres: ¡Que su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Y de aquella otra palabra: *Nosotros no reconocemos otro rey que el César*. Por eso, ¡oh pueblo infortunado! por eso Jesucristo jamás será tu rey. Guarda, pues, lo que voluntariamente escogiste; permanece en buen hora esclavo de los cesáres y tributario de los reyes, hasta que llegue el día en que la plenitud de los gentiles haya entrado en el gremio de su Dios, y sea salvo todo el pueblo de Israel: *Donec plenitudo gentium intraret, et sic omnis Israel saluus fiet* (2).»

En vano, pues, repito, se esfuerzan los judíos en querer desmentir las profecías, que antes reconocían como verdaderas. Su exacto cumplimiento ha esparcido una luz que, si no la ven, es porque quieren cegarse voluntariamente. Ciégnense en buen hora; mas nosotros les diremos siempre que ellos se han mentido á sí mismos, incurriendo en una contradicción tan monstruosa, que los condena y hace aparecer los hombres más insensatos del mundo. Y si no que nos digan: ¿por qué Josefo, salido de la raza sacerdotal, aplicaba la profecía de Jacob al emperador Vespasiano, sino porque estaba general-

(1) *Discurso sobre la Historia Universal*, 2.^a parte, núm. 10. (2) *Rom.* c. 11, v. 25 y 26.

mente reconocido que el Deseado de las naciones debía venir á poner sobre la cabeza de un pagano las magníficas promesas del Cielo? ¿Por qué durante todo el siglo que siguió á la muerte del Salvador, se perpetuó la opinión de que el Mesías iba á aparecer, porque eran ya cumplidos los días de su venida? ¿Por qué en la desesperación de no poder hallar un personaje ó un hombre que pudiesen reconocer como objeto de estos misteriosos vaticinios, adoptan la extraña resolución de decir en el segundo siglo, que el Cristo había venido ya, pero que era invisible al mundo y que esperaba á Elias para que le consagrara? ¿Por qué nos dejan leer en el Talmud, que son pasados ya los tiempos prefijados á la venida del Mesías, y que debe maldecirse á cuantos computan los años de su aparición? En suma, si las profecías no dicen relación al Salvador, ¿qué significaba la solicitud con que todos le esperaban puntualmente en el tiempo en que se dejó ver en el mundo? Borren, pues, si les es posible, esos libros sagrados, depositarios de las profecías: las pruebas que de ellos sacamos para evidenciar la divinidad de Jesucristo, no serán menos ciertas é incontestables.

Pero oigamos las palabras de un célebre judío, que por su ciencia y conocimientos se ha merecido la atención de todos los verdaderos sabios. Hablo, señores, del ilustre israelita Mr. Drach, que convertido á la Religión católica, era por sus escritos uno de los que más honraban aquel plantel de la verdadera ciencia. Refiriendo la impresión que en su alma y en su razón produjo la lectura de las profecías, dice estas memorables palabras: «En este atento examen del sagrado texto, yo he visto claramente que todas las profecías no forman, si así puede decirse, sino un vasto círculo de la circunferencia de cuatro mil años, cuyos radios vienen á terminar á un centro común, que es Jesucristo, y no puede ser otro sino él. El Redentor del género humano, culpable desde el pecado de Adán, es el objeto, el término único de todas las profecías, que concurren á designarle de una manera que no deja lugar á desconocerle. Las predicciones forman en su conjunto y totalidad el más perfecto cuadro. Los profetas más antiguos trazan el primer bosquejo. En proporción que se suceden, van perfeccionando los rasgos que sus antecesores habían dejado imperfectos. Cuanto más se aproximan al acontecimiento, tanto más se van animando los colores, y cuando el cuadro está terminado, los artistas desaparecen. El último de todos, al retirarse, tiene un cuidado sumo en indicar el personaje que debe descubrir el velo de este gran misterio. He aquí, dice, que yo os envío á nombre del Eterno al que es más que Elias (Juan Bautista) an-

tes que llegue el día grande y temible del Señor: *Ecce ego mittam vobis Eliam prophetam, antequam veniat dies Domini magnus et horribilis* (1).»

¿Qué bien dice este israelita, convertido al Cristianismo! El centro á donde van á terminar todas las profecías es Jesucristo, y sólo Jesucristo. Para convencerse de esta verdad, no hay más que comparar el nuevo Testamento con el antiguo. En éste, no menos que en aquél, el asunto principal ó exclusivo es el Salvador, su vida, su muerte, con todas las circunstancias, las más extraordinarias é increíbles. No hay más diferencia entre ambos Testamentos, sino que el antiguo anuncia que Jesucristo debe venir; al paso que el nuevo anuncia que le ha visto y oído. Pero esta reunión de caracteres que designan al Mediador, el cumplimiento de todos los oráculos de la Judea en la persona augusta del Hijo de María, ¿prueban que Jesucristo es Dios? Indudablemente, porque de Dios vienen las solemnes predicciones que acabamos de examinar, sin que puedan venir de otro origen que no sea divino. Considerad si no la distancia que separa á los profetas de los acontecimientos que anunciaban: el más moderno vivía cinco siglos antes de la aparición de nuestro Señor; los demás distaban mucho más; algunos, como dije antes, 1800 años. Siendo de notar que ellos no sólo han profetizado las cosas más sorprendentes en términos precisos, claros é indudables, sino que también han anunciado misterios profundísimos y prodigios que exceden á la capacidad del hombre. Y ¿cómo hubiera podido jamás imaginar por sí solo el humano entendimiento, que el Mesías había de obrar esos prodigios que vaticinaron, y que se han cumplido exactamente? Luego este conocimiento es sobrenatural, efecto de Dios únicamente. Ahora bien; si se admite que las profecías vienen de Dios, ¿qué resta sino reconocer y admitir la divinidad de aquel á quien se refieren? En efecto, ¿cuál era, según los profetas (más bien, según Dios que les inspiraba), la misión de Jesucristo sino dar á los hombres una nueva ley, como don precioso del cielo á la tierra? Luego los hombres debían tener fe en esta ley. Y ¿cuál es el primer dogma de esta ley nueva y su base fundamental? La divinidad de Jesucristo. Luego fuerza es confesarla, so pena de revolverse contra Dios. Además, el Mesías debía hacer milagros en testimonio de su misión: él los ha multiplicado extraordinariamente en todas las ciudades y pueblos de la Judea; luego era Dios, como lo había anunciado; de otro modo, preciso sería acusar á la Divinidad de nuestro error. Últimamente las

[1] *Malach.* c. 4, v. 5.

profecías anuncian que sería Dios y que en este concepto recibiría las adoraciones de los reyes. Y ¿no es verdad que Jesucristo lleva un nombre divino, y que en su misma cuna recibió las adoraciones de los Magos de Arabia y Sabá, y que al nombre de Jesús todo tiembla en el cielo, en la tierra y en los abismos?

En suma, señores, cosa extraña por cierto! ¿quién creería que los testimonios de los profetas judíos se habían de hallar en perfecta conformidad, acerca de la divinidad, con las tradiciones de todos los pueblos? Pues así es: la China, no menos que la India, sabía que una virgen daría á luz un hijo, y que el Señor, el Santo, el que conoce todas las cosas, cuyas palabras instruyen y cuyos pensamientos son verdad, nacería de ella y sería holocausto digno de su majestad. Los siameses y los habitantes del Japón esperaban un Dios: los ojos de los hombres del Occidente se volvían hacia el Oriente, de donde debía venir el libertador; la misma Grecia había oído decir á su Platón que era necesario un Dios por legislador; y la América, en fin, lanzando sus miradas hacia el Oriente, polo de la esperanza, llamaba á grandes voces al Rey santo que había de venir:

Católicos, ¿cuánto se complace nuestra alma al considerar esta conformidad de las tradiciones de los pueblos con los sagrados Libros! ¿Qué testimonio tan irrefragable nos suministra este eco de todas las naciones en favor de la divinidad de nuestro salvador Jesús! ¿Quién osaría ya admitir la menor duda acerca de esta verdad fundamental del Cristianismo, que estriba en unas profecías tan sublimes, apoyadas en una tradición tan universal, y sancionadas con un cumplimiento tan exacto? ¿Qué les resta ya á los incrédulos, sino abandonarse al más imbecil escepticismo, ó reconocer la divinidad del Salvador? ¿Osarán, acaso, recurrir á subterfugios para oscurecer la verdad? Pero la verdad no necesita de más pruebas que las que llevamos enunciadas. Si á pesar de estas se obstinase todavía el entendimiento humano en negar la divinidad del Salvador, día vendrá en que esclareciéndose la vista del hombre, conocerá las cosas como son en sí, y entonces se verán obligados los incrédulos á exclamar aunque con despecho: errado hemos; y experimentando el condigno castigo de su error, entrarán en el camino de la desesperación, que no tendrá fin por toda una eternidad.

JESUCRISTO ANUNCIADO EN LAS FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Hæc autem omnia in figura contingebant illis.
Todas estas cosas les acontecían á ellos en figura.

(S. PABLO, X, *Corinth.*, X, 11.)

Acababa, hermanos míos, de referir el gran Apóstol á los fieles de las iglesias, á las cuales dirigía sus cartas, algunos de los muchos rasgos de justicia y de misericordia que Dios prodigó al pueblo judío, y concluía su relato con esta reflexión: todos estos acontecimientos no eran más que otras tantas figuras de lo que había de suceder en la plenitud de los tiempos, de lo que había de realizarse en la persona de Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, nuestro Salvador, nuestro libertador, autor y consumación á la vez de nuestra fe, aquel á quien por esta razón llama el Espíritu Santo el cordero inmolado desde el principio del mundo: *Agnus qui occisus est ab origine mundi*. Así que, según el Apóstol de las gentes y como es fácil convencerse leyendo atentamente las divinas escrituras contenidas en el Antiguo Testamento, todo se refiere, en la antigua ley, á un objeto principal y único. Todo en ella recuerda la caída y degradación del hombre, todo demuestra las consecuencias de esta caída y degradación. Pero, al recordarla y demostrarla, hácelo sólo para animar á los hombres á la consideración de otra verdad que se encuentra con evidencia también grabada en cada página: la esperanza de un libertador, de un reparador prometido. Y no bastaba por parte de Dios, en los designios de su sabiduría, que los profetas, animados de su espíritu, hubieran escrito, con tantos siglos de anticipación, rasgo por rasgo la vida, las acciones, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo. Era preciso, además, que una nueva especie de profecías nos presentara, en no interrumpida serie de cuadros animados, ya los considerásemos en conjunto, ya los examináramos en particular, nos presentara,

digo, la totalidad y los detalles de aquella vida enteramente santa, obligándonos así á proclamar con tanto júbilo como certeza la divinidad de nuestro adorable Redentor.

Jesucristo mismo es quien nos revela esta verdad, asegurándonos que las Escrituras se referían á El en todos sus pasajes. No rindiéndose los judíos ante la evidencia de sus discursos y de sus milagros, remítelos á las Escrituras, de las cuales, dicen ellos, que son su ley. No soy yo, les dice, quien debe acusaros ante mi Padre, sino Moisés, al cual tanto aparentáis respetar, y á quien, no obstante, no creéis. Porque si le creyeráis, me creeríais también á mi, pues de mi ha escrito él, y yo soy el profeta á quien os manda escuchar: *De me enim ille scripsit*. Profundizad y medita las Escrituras, en las cuales creéis con razón encontrar la vida eterna, estudiadlas y medita las, y reconoceréis que dan testimonio de mí: *Scrutamini scripturas, illæ sunt quæ testimonium præbent de me*.

Sigamos respetuosamente, hermanos míos, este divino consejo; busquemos en las divinas Escrituras nuevos rayos de luz que iluminen, que fortifiquen nuestra fe, que den á nuestra esperanza más ancha base, que inflamen nuestros corazones en más ardiente caridad. Un solo obstáculo encontraremos en esta tarea: el de la elección de los numerosísimos rasgos que, en cada página de las divinas Escrituras, en el largo transcurso de esa historia de cuatro mil años, caracterizan más ó menos palpablemente á Jesucristo. Pero antes exploremos el auxilio divino. *Ace Marta*.

Desde los primeros días del mundo, hermanos míos, desde el momento mismo de la creación del primero de los mortales, está ya Jesucristo representado en la persona de Adán. Dios forma Adán de una tierra virgen, no estigmatizada aún con el sello de la maldición; y Jesucristo á la vez nace de una virgen pura, no manchada por culpa alguna capaz de atraer la cólera del Señor. Del primer Adán habian de descender todos los hombres según la carne; en el segundo, habian de renacer según el espíritu. El uno debía tener dominio sobre todos los animales de la tierra; al otro fueron sometidos no sólo los hombres todos, sino también todos los espíritus del cielo. El primero fué creado á imagen y semejanza de Dios; Jesucristo es el esplendor de la gloria de Dios, su sabiduría, su Verbo eterno, en todo semejante á El. Adán estuvo algún tiempo, mientras Dios no le dió una compañera, sin ver nada semejante á él en la naturaleza: antes de la redención, la sabiduría eterna no reconoció en la humanidad los rasgos de la imagen de Dios, totalmente desfigurada por los vicios que deshonran al hombre.

Adán adormecido, y Eva formada de una de sus costillas: he aquí, en efecto, un símbolo admirable de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, del nacimiento de su Iglesia, á la cual ha dado vida con la efusión de su propia sangre. La abertura hecha en el pecho de Jesús por la lanzada que en la cruz recibió poco después de su muerte, ¿no fué, como en el primer Adán, la puerta por donde vino al mundo la Iglesia; esa esposa de Jesucristo formada en su propio corazón y purificada con la misma sangre de su divino fundador?

El justo Abel conviértese en objeto de envidia y rencor para su hermano, quien no puede sufrir el visible testimonio con que el cielo acepta la pureza de los sacrificios de Abel. Cain lleva á su hermano á un lugar solitario, y sus manos se manchan en la sangre del inocente.

Á imitación suya, los judíos, de quienes Cain era figura, inmolan víctimas sin cuento, con el solo objeto de dar cumplimiento á la letra de una ley cuyo espíritu desconocieron. Hermanos, según la carne, de Jesucristo, autor y principio de toda justicia, le odian, le persiguen, no pueden soportar ni la pureza de su vida y de su doctrina, ni los milagros que hace en demostración de que Dios está con él; demandan con furor insano su muerte, le arrastran fuera de Jerusalén y le crucifican.

La sangre inocente de Abel clama ante Dios, que le escucha y la vengá; el que la ha vertido es herido de la maldición divina. La sangre de Jesucristo, aunque destinada á ser la reconciliación de los hombres, pide venganza contra la nación ingrata que la ha derramado, contra la nación bárbara que ha querido que sobre ella y su posteridad cayera la sangre del justo.

Un estigma del divino anatema impreso en el rostro de Cain, delata públicamente su crimen. Siente que se ha convertido en objeto de horror para todos los hombres. El pavor y el espanto hacen presa en él; no sabe dónde refugiarse; á donde quiera que va, conoce que sólo por conmiseración se tolera su presencia, y su alma es agitada por todo género de sentimientos, excepto el sentimiento de la penitencia. ¿No es precisamente ésta la situación de los judíos desde la muerte de Jesucristo? Todo el enorme peso de la maldición de Cain ha caído manifiestamente sobre este pueblo, esparcido y errante por toda la tierra; sin patria, sin altares, en todas y por todas partes aborrecidos y despreciados, los judíos no existen, dice San Agustín, más que para llevar detrás de sí y sin verla la antorcha que ilumina á los cristianos, es decir, los libros proféticos del Antiguo Testamento, en los cuales se lee el decreto de su condenación, y las

pruebas auténticas que demuestran la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religión cristiana.

Isaac, hijo único de Abraham, nacido de un padre centenario y de una madre estéril, fruto inesperado de una fecundidad completamente debida á la gracia, jefe prometido á un pueblo que debe llenar toda la tierra y ser la cuna del Mesías, hijo tanto más querido cuanto que era único y en él se concentraban todas las bendiciones que Dios había de derramar sobre la tierra; Isaac, cuando contaba sólo la edad de veinte años, conviértese para el más cariñoso de los padres en objeto del más cruel, pero también del más heroico, de los sacrificios.

¿Quién de vosotros, hermanos míos, no experimenta la imperiosa necesidad de aplicar á Jesucristo, tan expresivamente representado en Isaac, todas las circunstancias de este sacrificio? Isaac es hijo único, hijo queridísimo; Jesucristo es también hijo unigénito del Padre celestial, el objeto de su amor y de todas sus complacencias. Isaac sube la montaña llevando sobre sus hombros la leña para el sacrificio; Jesucristo atraviesa Jerusalén y sube al Calvario cargado con el peso de su cruz; para que la semejanza sea aún más completa y admirable, la montaña en que Isaac sufrió virtualmente el sacrificio fué la de Moria, una de las que componen la cordillera del Calvario en donde Jesucristo consumió su sacrificio. Isaac se sometió sin la menor observación á la voluntad divina; Jesucristo no exhaló la más leve queja, y si sus ojos vertieron lágrimas, fué para llorar las desgracias que amenazaban á sus verdugos. Por último, Isaac debía ser inmolado por la mano de un padre que le amaba más que á sí mismo; la voluntad soberana del Padre celestial, entregando á Jesucristo á la muerte para la salvación de los hombres, fué la enchilla que terminó y consumó su sacrificio.

Las obras divinas de Jesucristo, sus sacramentos, su gracia, están representadas en los acontecimientos que narra el Antiguo Testamento. El paso del mar Rojo, que sustrae los judíos de la tiranía de Faraón, destruye el ejército de este príncipe infiel y los sepulta á todos en las olas amargas de aquel mar; el paso del mar Rojo, decia, representa el sacramento del bautismo, que nos sustrae del dominio del demonio. El maná que alimentó á los israelitas en el desierto, figura la adorable Eucaristía, verdadero pan de vida, descendido del cielo para alimento espiritual de nuestras almas. La roca de Horeb, dando paso, al ser tocada por la vara de Moisés, á un torrente de agua viva, en la cual apagaron su sed en el desierto las amotinadas turbas de Israel, esa roca y las aguas que superabundantes de ella

brotan, representan y anuncian á Jesucristo, pues como dice San Pablo, *Petra autem erat Christus*. Y añade el gran Apóstol, que todas estas cosas sucedían á los judíos en figura y como anuncio de acontecimientos infinitamente más extraordinarios que habían de realizarse más adelante: *Hæc omnia in figura contingebant illis*. Los amalecitas atacan al pueblo de Israel; Josué sale á pelear contra ellos. Durante la batalla, Moisés ora sobre la montaña por el triunfo de sus hermanos, extendidos los brazos en cruz; la duración de la lucha obligale á bajar los brazos para tomar unos momentos de descanso. Bien pronto se echa de ver que durante estos momentos la victoria se inclina del lado de los amalecitas. Aarón y Hur sostienen los brazos de su hermano, y sólo entonces logran los israelitas un triunfo completo sobre sus enemigos.

¿Por qué Moisés, para implorar la victoria de su pueblo, sube á la cumbre de la montaña y ora allí con los brazos extendidos? ¿por qué atribuir el triunfo de los israelitas á una posición que por sí nada significa? ¿Habrá quien no vea aquí la imagen de Jesucristo crucificado sobre la montaña del Calvario, la representación del triunfo que su Iglesia alcanza por la virtud de la cruz?

Los judíos, cuando ya estaba próxima su entrada en la tierra de promisión, pecan contra Dios y se hacen merecedores de los castigos de su cólera. Dios envía entre ellos numerosas serpientes, cuyas venenosas mordeduras producen acerbos dolores y ocasionan la muerte á muchos de los hijos de Israel; castigados por este azote, recurren á Moisés, confiesan su culpa y le ruegan que interceda por ellos. Moisés suplica y el Señor le responde: haz construir una serpiente de bronce, y colócala en un sitio elevado en medio del campo; esto será signo de salud para los hijos de Israel; todo aquel que sintiéndose herido, lije la vista en este monumento de mi misericordia, quedará curado. La orden se ejecutó, el remedio fué eficaz, é Israel quedó salvo.

¿Qué virtud podía tener la vista de una serpiente de bronce para curar las mordeduras de verdaderas serpientes? Á esto, hermanos míos, responderé con el profeta autor del libro de la Sabiduría: no era la vista de aquella serpiente lo que curaba; erais vos, Señor, el Salvador de todos los hombres, quien restituíais la salud y la vida á los que la miraban: *Qui enim conversus est, non per hoc quod videbat sanabatur, sed per te, Salvatorem omnium*.

Claras son, como acabáis de ver, hermanos míos, las imágenes, las representaciones que anunciaron y simbolizaron, muchos siglos antes de que se realizara, la virtud divina del sacrificio de Jesucristo,

y las circunstancias en que este sacrificio había de realizarse. ¿Queremos una profecía figurativa de su muerte, de su resurrección? El profeta Jonás nos la facilitará.

Ordénale Dios que vaya á Ninive, y anuncie al pueblo que la voz de sus crímenes subió hasta el Cielo; que está amenazado de próxima ruina, si no hace pronta y severa penitencia. Jonás, en vez de obedecer, embárcase en Joppe, con el propósito de huir á Tarse, en la Cilicia. Pero, durante el viaje, suscita el Señor una violenta tempestad, y el navío corre inminente riesgo de sumergirse, sepultando en el mar á todos sus tripulantes. Jonás reconoce entonces la enorme falta de su desobediencia; para apaciguar al Señor, es arrojado al mar por los marineros, é inmediatamente la calma reina en las embravecidas olas; Dios ha preparado una ballena para tragar á Jonás, y el profeta, aprisionado en el vientre del cetáceo, conserva la vida y permanece tres días y tres noches en tan horrenda cárcel; allí rogó al Señor, quien le escuchó, y ordenó al monstruo que devolviera su presa y la depositara sobre la orilla. Vuelto Jonás á la luz del día, marchó á Ninive, predicó allí la penitencia y convirtió á Dios aquella populosa ciudad.

Antes de la submersión de Jonás, el mar bulle, se agita, se encrespa; apenas es lanzado al agua, la calma más completa sucede á la más deshecha borrasca. Antes de la muerte de Jesucristo, la indignación y la cólera de Dios contra los hombres no podrán ser por nadie ni por nada apaciguadas; pero, apenas expira, trúcanse en misericordia. Jonás entra en el vientre de la ballena, permanece allí tres días y tres noches como muerto; su nombre no es ya contado en el número de los vivos. Jesucristo expira sobre el Gólgota, su alma baja á los infiernos, su cuerpo es bajado de la cruz, encerrado en un sepulcro; la muerte le ha devorado. Pero, tres días después, sale de la tumba lleno de vida, rompe las puertas del infierno, y muéstrase victorioso de la muerte que le había engullido en sus abismos insondables.

¡Ah! ¿que no me sea dado recorrer con vosotros todos los libros sagrados del Antiguo Testamento! ¡Qué multitud de testimonios encontrariamos allí en cada página, que nos demostrarían hasta la evidencia la certeza de esta verdad! Pero, es preciso que abreviemos; la mina es demasiado rica para que pudiéramos agotarla. Terminemos con un último ejemplo que condense y reasuma todos los caracteres gloriosos que concurren en nuestro adorable Salvador. Sea la historia del patriarca José, hijo de Jacob, la que nos proporcione este ejemplo.

Jacob ama á José más que á ninguno de sus otros hijos. Dios ama á todos los hombres, particularmente á sus elegidos, pero declara auténticamente que Jesucristo es su Hijo bien amado, el tierno objeto de todas sus complacencias. Los hermanos de José odian á éste abiertamente, no pueden hablarle con dulzura. Los judíos, hermanos de Jesucristo según la carne, muestranse envidiosos de su santidad, no hablan con él más que para injuriarle y tenderle asechanzas, contradicen su doctrina, niegan sus milagros, imputanle todos los crímenes, trátanle de poseso y atentan varias veces contra su vida.

Las revelaciones que anuncian á José su elevación futura sobre sus hermanos, irritan más y más la envidia de éstos y encienden su furor. Los judíos acusan á Jesucristo de blasfemo, cuando se proclama Hijo de Dios, y les anuncia que un día le verán, sentado á la diestra de su Padre, venir sobre las nubes del Cielo para juzgar el mundo. Estas palabras deciden su sentencia de muerte.

Por orden de Jacob, José va en busca de sus hermanos, inquiera dónde apacientan sus rebaños, se fatiga buscándolos y no descansa hasta encontrarlos. El Padre celestial es quien envía á Jesucristo á la tierra en busca de las ovejas descarriadas de Israel; en cumplimiento de este encargo recorre toda la Judea, y no se ocupa, durante su vida, en otra cosa que en la salvación de los hijos de Jacob.

Los hermanos de José le ven venir hacia ellos; sus pasiones se inflaman, y deciden la muerte del niño. Dios no permite que realicen tan atroz designio; despojan á José de sus vestiduras y las empapan en la sangre de un cabrito, para hacer creer á Jacob que las fieras han devorado á su hijo predilecto; precipitan á éste en una cisterna y lo abandonan allí á una muerte casi segura; pero, arrepentidos, lo sacan luego de la cisterna y lo venden á unos mercaderes ismaelitas, quienes lo conducen á Egipto. Desde que Jesucristo se dió á conocer á los judíos, por su doctrina y sus milagros, conciertan éstos su muerte, procuran realizarla, pero Dios les detiene en su criminal proyecto. La hora del dominio de las tinieblas no había sonado aún. Al fin, Jesús entrega su vida, descendiendo al sepulcro, pero sale de él lleno de vida, como José de la cisterna, con la diferencia, empero, de que la resurrección da á Jesús una vida inmortal, y ésta no convenia á José. Mas este último, símbolo de Jesucristo, es libertado para pasar á un estado más brillante del que hasta entonces disfrutara; como José, fué Jesús despojado de su túnica, y teñida fué ésta en su sangre adorable. Por dinero fué también vendido á unos hombres cuyas pasiones les hicieron enemigos suyos, y vendido por Judas al cual honraba con el título de hermano.

Encerrado en una prisión, entre dos criminales, José predice al uno que había de volver á la gracia de su señor, al otro su condenación. Aquí el paralelo no puede ser más exacto; parecemos ver á Jesucristo en la cruz perdonando al buen ladrón.

José, después de tres años de cautiverio, ve romperse sus cadenas, reconocida su inocencia. Desde el día mismo en que sale de la cárcel, entra en la carrera de gloria que le está reservada. Conviértese en confusión para sus enemigos; es la admiración, el pánico de todo el Egipto, la esperanza de cuantos le conocen y no han sido causa de sus infortunios. Jesucristo, desde el momento en que sale del sepulcro, muéstrase á sus discípulos, fortalece sus almas contristadas, vacilantes, abatidas, é infunde en ellas la esperanza. Únicamente en la sinagoga reina la vergüenza, la consternación y el furor.

Aquí comienza ya á dibujarse ante nuestra vista la gloria del misterio de la triunfante Ascensión de Jesucristo, y de sus consecuencias.

Detengámonos ya, hermanos míos, y suspendámonos esta aplicación tan fácil, tan natural de las figuras que contiene la antigua ley. Las profecías habían anunciado á Jesucristo y escrito su historia; las figuras contenidas en el Antiguo Testamento le pintan, rasgo por rasgo, y muchos centenares de años antes de su venida á la tierra, nos le representan ya vivo, obrando, en una serie de cuadros animados. Porque no son algunas pinceladas oscuras, diseminadas, las que, enlazadas con arte, constituyen esos cuadros en los cuales Jesucristo se reconoce tan fácilmente. No es de una profecía ambigua y susceptible de diversas interpretaciones, de donde se deduce la necesidad de su sacrificio y de su muerte. Échase de ver, estudiando las divinas Escrituras, que todas ellas concurren á un mismo designio, á un objeto único: anunciar á Jesucristo, representarle de antemano y con muchos siglos de anticipación, darle á conocer, caracterizarle por sus títulos divinos de Salvador, de Redentor, de Mediador de los hombres, de Hijo de Dios encarnado: tal era, dice San Pablo, el fin de las Sagradas Escrituras: *Finis enim legis Christus*. Y estas divinas Escrituras son la palabra infalible de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Así, pues, Jesucristo, Dios y hombre á la vez, Hijo de Dios, consubstancial, en todo igual á su Padre, engendrado antes de todos los siglos, encarnado en el casto seno de una Virgen fecunda, Dios eterno, hombre en el tiempo, descendido á la tierra para redimir las culpas de los hombres y reconciliarlos con su Padre: he aquí el inmenso misterio de gracia y amor que el Espíritu Santo ha

declarado y justificado á los hombres: *Magnum pietatis sacramentum justificatum est in Spiritu*. Adorémosle, hermanos míos, pongamos en sus divinos méritos nuestra absoluta confianza. Que su meditación, que su contemplación sean la base que nos sirva de apoyo en medio de los vientos y de las tempestades de esta vida. Que el recuerdo del grandioso sacrificio que su misericordia ha impuesto á su gloria, nos recuerde continuamente cuanto debemos á un Padre tan cariñoso, á un tan celoso Maestro. Amémosle, hermanos míos, y con eso le pagaremos todas nuestras deudas; amémosle, pero amémosle de todo corazón y sobre todas las cosas; amemos al Señor nuestro Dios, que tanto nos ha amado, que ha sido el primero en amarnos. Así sea.

PREEXISTENCIA DE JESUCRISTO

EN LA NACIÓN HEBREA

Finis enim legis Christus.

Porque Cristo es el fin de la ley.

(S. PABLO Á LOS ROMANOS, c. X, v. IV.)

Todo ser, excepto Dios, hermanos míos, se preexiste en su germen, y el hombre señaladamente se preexiste en sus abuelos; y cuanto más importante es el destino que la Providencia le reserva, más importante es también la acción preparadora de sus antepasados. Jesucristo, como hombre, debía pues preexistirse del modo como los hombres se preexisten, y como superior á todos ellos por su destino, debía preexistirse de un modo eminente, propio de Él solo. Sabido es, además, que los abuelos guardan razón con la posteridad, y así es que Jesucristo debió preexistirse en sus antepasados con incomparable grandeza; por lo mismo, hermanos míos, siendo la Iglesia católica la posteridad de Jesucristo, el fruto de su venida, debe descubrirse algo que prepare dignamente aquella su Iglesia y que encierre á Jesucristo entre un tiempo pasado y un futuro, no sin

duda iguales uno á otro, pero equilibrados de tal suerte, que lo que fué antes que Él no tenga igual en el mundo, así como lo que fué después no tiene cosa que le iguale.

El pueblo judío llenó estas condiciones. Además, hermanos míos, de que el pueblo judío fué la obra social y religiosa más considerable de los tiempos anteriores á Jesucristo, como la Iglesia católica lo es de los tiempos nuevos, quiero que fijéis vuestra atención en otro hermoso y sublime pensamiento, á saber: que así como Jesucristo es el alma de la Iglesia católica, donde se perpetúa su vida, así fué el alma del pueblo judío, en el cual se preexistió. Pasemos á su demostración, á fin de reunir en la cabeza de Cristo-Jesús los rayos promulgadores de su divinidad. *Ave María*.

Entre las particularidades del pueblo judío, hay una que sobrepaja á todas las demás. Hablo, hermanos míos, de la idea mesiánica que circulaba por las venas de este pueblo, como su sangre más pura, y sin la cual es imposible explicar su fe ni sus destinos, siendo verdaderamente Jesucristo el alma de esta nación.

La idea mesiánica se componía de cuatro elementos. Bajo su influencia creía el pueblo judío, en primer lugar, que el Dios uno y criador que él adoraba, llegaría á ser algún día el Dios de toda la tierra. Creía además que esta revolución la verificaría un solo hombre llamado el Mesías, el santo, el justo, el salvador, el deseado de todas las naciones. Creía que este hombre sería judío, de la tribu de Judá y de la casa de David. Creía, en fin, que este hombre predestinado sufriría y moriría para llevar á cabo la obra de transformación que le había encargado la Providencia.

Que tal fuese la ley del pueblo judío, fácil es saberlo por él mismo, puesto que está vivo y que, á pesar de cuatro mil años de una esperanza que á sus ojos aún no se ha realizado, no ha cesado de rendir un imperturbable testimonio á la esperanza de sus abuelos. Pero no nos contentemos, señores, con su palabra presente; abramos los monumentos de su historia, y sigámonos en ella los progresos de la idea mesiánica al través de las principales fases que marcan el desarrollo de la nación misma, tales como su nacimiento, su formación en verdadero pueblo, el punto de su madurez, su decadencia, su cautividad y su renacimiento al pie del segundo templo edificado por Zorobabel.

Heos aquí en los campos de Caldea con Abraham, donde vamos á oír la primera palabra, que fué como la semilla de la raza hebraica. Advertid, señores, que no se trata de saber si es verdadera esta

palabra, y si fué Dios quien la dijo; se trata sólo de probar la idea que tenía el pueblo judío de sí mismo y de su misión en el mundo. Si se engañaba ó no en esta idea, es otra cuestión que juzgaremos más adelante.

Dios, pues, según los monumentos hebraicos, dijo á Abraham: «Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré; y haré de ti una nación grande, y te bendeciré y haré tu nombre magnífico, y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan, maldeciré á los que te maldigan, y en ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra.»

Así vino al mundo, al tiempo y de una manera inseparable, dos mil años antes de Jesucristo, el pueblo judío y la idea mesiánica, la idea de que lleva en su seno una bendición, que se derramará sobre todo el universo.

Abraham sale de la Caldea, y va á establecerse en la tierra prometida á su posteridad. Espera allí hasta una edad centenaria al hijo, á quien debe transmitir la herencia mesiánica; dáselo este hijo; y cuando el hijo ha llegado á toda la gracia de una feliz juventud, pide Dios al patriarca que se lo sacrifique en holocausto sobre una montaña misteriosa. El anciano, con una fe incontrastable en la sabiduría y la bondad de Dios, levanta la mano sobre su único y muy amado hijo, y oye esta segunda palabra más fuerte y más clara que la primera: «Lo he jurado por mi mismo, porque has hecho esto y no has perdonado á tu hijo único á causa de mi, yo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena, que está en la ribera del mar. Tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra.» Añadióse el juramento á la fuerza de la promesa, y se indicó más claramente que la bendición mesiánica se derramaría sobre el género humano, no por el mismo Abraham, sino por medio de su posteridad.

Isaac, hijo de Abraham, oye la misma promesa y la misma profecía, las cuales se repiten á Jacob, hijo de Isaac. Las tres primeras generaciones hebraicas, confirmadas así en la esperanza del Mesías, se extienden en doce patriarcas, padres también de doce tribus, y Jacob, próximo á la muerte, los reúne en torno de su lecho para cerrar la primera edad mesiánica con una profecía solemne, que resume las precedentes, dándoles nueva precisión. Rodeado, pues, de sus doce hijos, anuncia á cada uno de ellos, con algunos rasgos característicos, cuál será su papel en lo porvenir, y al llegar á Judá, le dice estas palabras memorables: «Judá, tus hermanos te alabarán, tu

mano estará sobre la cabeza de tus enemigos, y los hijos de tu padre te adorarán. Judá es el cachorro de un león; tú has subido, hijo mío, para coger tu presa, te has tendido para el reposo como un león y una leona; ¿quién le despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni un jefe de su estirpe, hasta que venga el que ha de ser enviado y que será la esperanza de las naciones.» Así, en el momento en que se subdivide la herencia patriarcal en doce ramas, se designa la rama en que ha de nacer el Mesías; esta rama será la de Judá, y se designa el día predestinado de la aparición mesiánica con un signo que la posteridad reconocerá fácilmente.

La sangre de Abraham, de Isaac y de Jacob es en adelante fecunda: multiplicase en una tierra que le ha dado hospitalidad, y llegando á ser en breve objeto de temor y de celos, pasa del destierro á la servidumbre, para hacer en la tribulación un aprendizaje necesario á sus altos destinos. Se cree perderla, y se la avigora; Israel es un pueblo; Moisés le saca de Egipto, y le lleva por medio del desierto al pie del Sinai, de donde bajan las leyes que deben gobernarlo. Seguid, católicos, seguid esa marcha profunda de un pueblo tan grande; vuestros ojos de niño vieron en otro tiempo sus maravillas: miradlas de nuevo con la inteligencia del hombre ya formado. De campamentos en campamentos llega Israel en frente del Jordán, á las fronteras del territorio que habitaron sus primeros antepasados, y cuya posesión está prometida á su posteridad. ¿Qué importa que encuentre allí á todo un pueblo sobre las armas esperando á estos aventureros que han despojado al Egipto, y cuya marcha ha resonado desde el Desierto hasta las colinas de la Judea? Preséntase Israel con sus soldados y levitas, y guiados por el tabernáculo del Dios que acababa de hablarles en el Sinai, de victoria en victoria, entre portentos y maravillas, bajo la protección de Jehová, derrotan aquellas razas perversas y aguerridas, y desalojándolas de sus territorios, se establecen en aquella tierra para reinar Israel, como tantas veces se lo había Dios anunciado.

David y Salomón marcan el punto más elevado de la monarquía hebraica, y con ellos comienzan esos himnos nacionales y religiosos conocidos con el nombre de salmos. Cantados en el templo de Jerusalén en los días de las grandes solemnidades, expresaban de una manera pública el sentimiento interior, las esperanzas y los votos de toda la nación. Ahora bien, fácil es reconocer en ellos la idea mesiánica abriéndose paso de continuo en el alma del poeta y del pueblo. Leyéndolos, advertiréis en ellos pasajes como éste: «Todas las naciones de la tierra se acordarán del Señor, y se convertirán á él; todas

las familias de los pueblos adorarán en su presencia, porque el reino será del Señor, y el mismo gobernará las naciones. Todos los grandes de la tierra le conocerán y adorarán, todos los que hajan al sepulcro se inclinarán ante él.»

Más adelante aún, al aproximarse la decadencia y el cautiverio, y no obstante setecientos años antes de Jesucristo, toma la idea mesiánica en Isaías una claridad y una abundancia de expresiones que es imposible detallar, porque sería preciso citar páginas que os fatigarían por su número y extensión. El es quien ve al Mesías salir de la raza de Jessé, padre de David, y quien describe al mismo tiempo, como si estuviera en el Calvario y en el Vaticano, el esplendor de la pasión y de los triunfos de Jesucristo.

Pero en Babilonia, durante el cautiverio, seiscientos años antes de Jesucristo, fué donde la idea mesiánica se revistió de una claridad y precisión matemáticas. ¿Os recordará la profecía de Daniel? Oídla, pues: «Setenta semanas han sido abreviadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que la prevaricación se consuma, y se acabe el pecado, y la iniquidad sea destruida, y llegue la justicia eterna, y la visión se cumpla con la profecía, y sea ungido el Santo de los Santos.» Pero basta, hermanos míos; sólo quiero que oigáis al pie del segundo templo, quinientos años antes de Jesucristo, estas últimas palabras del profeta Aggeo:

«De aquí á poco tiempo, dice el Señor de los ejércitos, moveré el cielo y la tierra, y la mar y el desierto, y el Deseado de todas las naciones vendrá, y llenará esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos.... La gloria de esta segunda casa será mayor que la gloria de la primera, y dará la paz en este lugar.»

«¿Qué serie, oh católicos, á través de tantos siglos y acaecimientos! ¿Qué fidelidad á una misma idea de parte de tantos hombres separados por los siglos! Pero la idea mesiánica ni aun se encerró en la tradición particular del pueblo judío; pasó el Jordán, el Eufrates, el Indo, el Mediterráneo, todos los Océanos, y llevada en las alas invisibles de la Providencia, penetró en los pueblos más diversos y remotos, para crear en ellos una esperanza uniforme y un recuerdo universal.

Es por tanto cierto, señores, que la idea mesiánica fué el alma del pueblo judío en el espacio de los dos mil años que precedieron á Jesucristo; y esta idea se había divulgado en todos los pueblos del mundo con tal unanimidad, que ni aun es posible explicarla por las comunicaciones de los hebreos con los gentiles, sino que es preciso suponer una difusión de esta idea aun anterior á Abraham. Y esta

idea mesiánica, tan extraordinaria en su universalidad, su progreso, su perseverancia y precisión, ¿se realizó por fin? Si, se realizó: el Dios uno y creador de la Biblia hebrea ha llegado á ser el Dios de toda la tierra, y hasta las naciones que no le han aceptado todavía le rinden homenaje por cierto número de adoradores que la Providencia elige en su seno. ¿Y quién ha efectuado esta revolución increíble? Un solo hombre, Cristo. ¿Y de dónde era Cristo? Era judío, de la tribu de Judá, de la casa de David. ¿Y cómo realizó esta prodigiosa revolución social y religiosa? Padeciendo y muriendo, como David, Isaías y Daniel lo habian anunciado.

Decidme ahora, os ruego, señores, ¿qué os parece de esto? Ved ahí dos hechos paralelos y que se corresponden, ambos á dos ciertos, ambos á dos de una magnitud colosal: el uno que duró dos mil años antes de Jesucristo, el otro que dura mil ochocientos años después de Jesucristo; el uno que anuncia una revolución considerable é imposible de prever, el otro que es su realización, entrambos teniendo á Jesucristo por principio, por término, por centro de unión. ¿Qué os parece, vuelvo á decir? ¿Tomaréis el partido de negar? ¿Pero qué es lo que negaréis? ¿Acaso la existencia de la idea mesiánica? Pero ella está en el pueblo judío, que vive; está en toda la serie de los monumentos de su historia, en las tradiciones universales del género humano, en las confesiones más formales de la más profunda incredulidad. ¿Será por ventura la anterioridad de los pormenores proféticos? Pero el pueblo judío, que crucificado á Jesucristo, y tiene un interés nacional y secular en robarle las pruebas de su divinidad, os afirma que sus escrituras eran antiguamente lo que son hoy; y para más seguridad, doscientos cincuenta años antes de Jesucristo, en tiempo del rey de Egipto, Tolomeo Filadelfo, y por su orden, todo el antiguo Testamento, traducido en griego, cayó en posesión del mundo griego, del mundo romano, de todo el mundo civilizado. ¿Os volveréis al otro polo de la cuestión, y negaréis la realización de la idea mesiánica? Pero la Iglesia católica, hija de esta idea, está á vuestra vista, os ha bautizado. ¿Buscaréis vuestro punto de apoyo en el punto de reunión de esos dos formidables acontecimientos? ¿Negaréis que Jesucristo verificó en su persona la idea mesiánica, que fué judío, de la tribu de Judá, de la casa de David, y el fundador de la Iglesia católica sobre la doble ruina del judaísmo y de la idolatría? Pero las dos partes interesadas, y enemigas entre sí irreconciliables, convienen en todo esto. El judío dice: sí; y el cristiano dice: sí. ¿Diréis que esta coincidencia de sucesos colosales, en el punto preciso de Jesucristo, es efecto de la casualidad? Pero la casualidad, si la hay, no es

más que un accidente breve y fortuito; su definición excluye la idea de continuación; no hay casualidad de dos mil años y de mil ochocientos años sobre los dos mil. ¿Diréis, en fin, que es esto el resultado de una larga conspiración, con que el pueblo judío, ambicioso y teólogo, ha procurado crearse en el mundo una gran existencia? ¡Cómo! ¡Una conspiración de dos mil años, fundada en un jefe, que sesenta generaciones deberán aguardar, y que será preciso crear después de haberle tan pacientemente esperado! ¡Ay! harto difícil es conspirar en favor de un hombre vivo; ¿qué será en favor de un hombre que no existe, y que se supone ha de nacer en una época indeterminada? Y observad que, llegado este hombre, los judíos lo crucificaron, sin duda porque el suplicio formaba parte de la conspiración. Notad además que le negaron, así después como antes del suplicio, sin duda por asegurar el éxito final de la conspiración y de todo el triunfo de ambición y de teología que de ello se prometían.

Señores, cuando Dios trabaja, nada hay que hacer contra él. Las proporciones de Jesucristo en los tiempos que le precedieron, son aún más admirables que las proporciones totalmente divinas de su vida y su sobrevida. Porque al fin, el que vive tiene un poder, una acción, y es posible concebir, que ciertas circunstancias han favorecido á un hombre de genio singular, y le han dado un ascendiente inmenso sobre sus contemporáneos. Aun después de muerto, quedan amigos, discípulos, el recuerdo de una vida real, y, por consiguiente, un medio superviviente de acción. Pero sobre lo que nos ha precedido, sobre lo pasado, ¿qué podemos? ¿Quién de nosotros, por eminente que sea, puede formarse un antepasado? ¿Quién de nosotros, queriendo establecer una doctrina, se creará una vanguardia de generaciones, fieles ya á una palabra que aún no existía? ¿Quién de nosotros presentará al mundo sus abuelos doctrinales, si no es verdaderamente hijo de una doctrina anterior á él? ¡Ah! lo pasado es una tierra cerrada; lo pasado ni aun es un lugar en que Dios pueda obrar, como no obre allí de antemano preparándolo. Si Jesucristo hubiera sido como uno de nosotros, nacido sin una preexistencia providencial entre lo pasado y lo futuro, en vano hubiera pedido á la historia realizada ya, un pedestal que le retrajese veinte siglos atrás de su propia cuna. Pero á su vez, Abraham, Isaac, Jacob, David, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, un pueblo entero, el mismo género humano, vienen á reconocerle y saludarle en los brazos del anciano Simeón, que exclama á nombre de todo lo pasado de que es el último representante: «Ahora, Señor, despide á tu siervo, según tu palabra, en paz, porque han visto mis ojos tu salud, la cual has preparado ante

la faz de todos los pueblos, para que sea la luz reveladora de las naciones, y la gloria de tu pueblo Israel!»

Esto es el colmo, señores: Jesucristo se nos muestra como el móvil, así de lo pasado como de lo futuro; como el alma, así de los tiempos que le precedieron, como de los que le son posteriores. Se nos presenta en sus antepasados, apoyado en el pueblo judío, que es el mayor monumento social y religioso de los tiempos antiguos; y en su posteridad, apoyado en la Iglesia católica, que es la mayor obra social y religiosa de los tiempos nuevos. Se nos presenta, llevando en su mano izquierda el antiguo Testamento, libro el más grande de los tiempos que le precedieron, y llevando en su derecha el Evangelio, el mayor libro de los tiempos que le son posteriores. Y sin embargo, precedido y seguido de esa manera, es aún más grande en sí mismo que sus antepasados y su posteridad, que los patriarcas y los profetas, que los apóstoles y los mártires. Llevado por cuanto hay de más ilustre antes y después de él, su fisonomía resalta aún sobre este fondo sublime; y sobrepujando á cuanto parecía superior á todo, nos revela al Dios que no tiene modelo ni igual. Por ello, á vista de esa triple señal de la Divinidad, antes, durante y después, en los antepasados, en la posteridad y en el tiempo mismo de su vida, levantémonos, hermanos míos, levantémonos todos juntos, quien quiera que seamos, creyentes é incrédulos. Si creyentes, levantémonos con el respeto, la admiración, la fe, el amor para con un Dios que se ha mostrado á nosotros con tanta evidencia, y que nos ha elegido entre los hombres para hacernos depositarios de ese esplendor magnífico de su verdad. Y los que no creáis, alzaos igualmente; pero con temor, con ansiedad, como hombres que con vuestro poder y raciocinio sois muy pequeños en presencia de los hechos que llenan todos los siglos, y que tan llenos están también del imperio y de la majestad de Dios!